

hoy y severo rigor con los bebedores voluntarios para que no cometan, entre otros crímenes, el de volverse dipsómanos.

SECUNDINO SOSA.

## TERAPÉUTICA

### Tratamiento de la neumonía por la digital á dosis moderada.

A pesar de que la neumonía es una de las enfermedades más comunes, con personalidad clínica bien averiguada desde la época hipocrática de la medicina, que se observa en todos los climas, que no respeta edad, ni sexo, ni constitución; á pesar de esto, digo, en la brújula de su terapéutica queda todavía por marcar un norte seguro é invariable adonde dirigir su tratamiento, y aunque se prosiente en la seroterapia la tierra de promisión por descubrir, no encontramos hasta hoy un Colón que sepa conducirnos á ella.

En pocos procedimientos se habrán empleado tantos y tan distintos medicamentos como en la neumonía, la que en su ya larga historia ha pasado por todas las doctrinas dominantes en su tiempo, notándose en su tratamiento la influencia de ideas, muchas veces exageradas, y en otras, no pocas, de funestos resultados prácticos. Allí está, como ejemplo, la sangría, de la que comenzó á usar Hipócrates, y de la que acabó abusando Bouilleau, y la que causó en esa larguísima etapa más víctimas que la misma enfermedad, hasta que las manos redentoras de Grisoll, de Bielt, de Magendie y de Hassla cerraron casi para siempre las venas de los pobres neumónicos, de las que, pretendiendo extraer la muerte, se escapó á torrentes la salud y la vida. Allí tenemos también el inculcable abuso del tártaro, que nació con Basori de la idea absurda del «contra-estimulus», franqueó los muros de Pavía para encontrar paladines, aunque moderados, en Laennec y Grisoll, extendiéndose después por todo el mundo. Tenemos, por último, para completar este tripode expoliador el vejigatorio cantaridado, el que, por desgracia, no muere todavía, y el que se ha fijado sin compasión en tórax demasiado martirizados, ya por el dolor, la disnea y la tos, abriendo la puerta á nuevos sufrimientos y á nuevas infecciones, y cerrándosela al gran emon-

torio renal, cuyo buen funcionamiento se considera hoy como prenda inestimable de salvación en las infecciones del organismo, y todo esto para obtener resultados que una estadística secular ha demostrado que son malos.

Con los incalculables progresos que ha verificado la medicina en este último cuarto de siglo, era de esperarse que hubiera cosado tanta anarquía terapéutica en lo que se refiere á la neumonía; pero hoy más que ayer, cada médico se atiene á un criterio distinto para pretender curarla: unos, con Dietl á la cabeza, preconizan la expectación y pretenden demostrar con números que los neumónicos no tratados dan la menor mortalidad; prácticos son éstos de muy poca fé en su arte y que deberían pasarse con sus pocas armas y bagajes al bando de los homeópatas. Otros, con Liebermeister, Fisser, Lebert, y sobre todo, con Jürgensen y Barth, se han entregado con frenesí, no siempre digno de elogio, á bañar á los neumónicos, y esta hidroterapia sistemática ha causado, como era de esperarse, cuantiosos desastres entre los viejos, los arterio-esclerosos, los «surmenés», etc., los que no han podido resistir el doble asalto de la enfermedad y del tratamiento.

Brown de Edinburgo, Todd, Jaccoud y Béhier han sido los ardientes campeones del alcohol bajo diversas formas, en la curación de este mal, teniendo entre nosotros partidarios no menos decididos, los que han ministrado «larga manu» el nacional tequila, tan rico en derivados amílicos de alto poder tóxico.

La idea nefanda de la antipirexia química para las infecciones hipertérmicas, y en particular para la neumonía, nació en Alemania y los trabajos de Traube, Wunderlich, Thomas y otros, contribuyeron á darla á conocer en todas partes. Es cierto que con los llamados antipiréticos suele bajarse á límites muy racionales la fiebre, grande y heroico acto de defensa del organismo: pero quién sabe, en muchos casos, á qué precio conseguiremos este resultado, y si las profundas perturbaciones del sistema nervioso, la rápida desglobulización, el aumento excesivo de los productos de desgaste y el encombramiento de los emonitorios que ocasiona la ingestión de la antipirina y de sus congéneres sean peores que el síntoma que se pretende combatir, que la fiebre misma por más elevada que sea.

Pero á qué seguir pasando en revista la estriénina, el calomel, la ergolina, la veratrina, las preparaciones amoniacales, la cafeína, etc., etc., cuando todos sabemos que cada médico tiene, por decirlo así, su medicamento de elección, acabando por no

entendernos en esta Babel terapéutica, en la que se hallan confundidas en rara promiscuidad las substancias más disímbolas.

Sin duda que la neumonía no tiene aún tratamiento específico, profiláctico ó curativo, derivado de la noción íntima que se tiene hoy de su agente productor, el neumococo lanceolado, cultivado por Talamón, y estudiado por Fraenkel en todos sus detalles biológicos, los que nos han servido para explicarnos las particularidades clínicas de la enfermedad: su aparición en el estado de salud ó complicando otros padecimientos, como el sarampión, la tos ferina, etc. y su repetición frecuente después de un primer ataque, debidas á la existencia del neumococo en la boca y en la naso-faringe de algunos individuos, de las que suele ser huésped habitual é inofensivo, pero que en un momento dado penetra y se fija en el pulmón, donde se hace virulento; la marcha cíclica de la enfermedad, coincidiendo con un período igual de actividad del micro organismo, demostrada «in vitro» sobre diferentes cultivos; su contagiosidad y extensión epidémica (en algunos casos), averiguada por la presencia del neumococo en los exputos neumónicos, los que son vehículo seguro para la propagación de esta dolencia cuando no se toman las precauciones debidas; la inteligencia clara y precisa de las complicaciones extrapulmonares, como la pleuresía metaneumónica, la perí y la endocarditis, las otitis, las meningitis y las artritis, para no hablar sino de las más comunes, ligadas á las excursiones del microbio de Talamón fuera del foco pulmonar y á su fijación en diferentes órganos, los que antes se suponían atacados por manifestaciones de obscura metastasis.

Todas estas enseñanzas han sido conquistadas por la moderna bacteriología, y aunque sus aplicaciones en el campo de la terapéutica no han marchado en paralelo, sin embargo, tienen comenzado un interesantísimo capítulo en la seroterapia antineumónica, la que será, sin duda, en época no lejana, el verdadero remedio de tan cruel dolencia. Así lo hacen, por lo menos, esperar la fícil inmunidad conferida á los animales para la infección neumónica con inoculaciones de virus atenuado: los trabajos de los hermanos Klemperer, que demuestran que el suero sanguíneo del hombre después de la crisis neumónica, tiene propiedades inmunizantes; los idénticos resultados, obtenidos por Emmerich y Foa, usando de cultivos neumocócicos esterilizados por el calor ó la filtración; ratificados por Bonoue y Mosny, reconociendo caracteres vacuantes á los mismos cultivos.

Así lo hacen esperar también las experiencias de Scaria y Janson, los que han apresurado la curación de la neumonía con inoculaciones subcutáneas de suero sanguíneo de conejos hechos refractarios al neumococo, y por último, juzgando por analogía con los brillantes resultados obtenidos ya en la bronconeumonía de estreptococo con las inyecciones de suero de Marmorek, podemos confirmar con Laudouzy y con Charrin y Roger en que tal vez pronto se pueda alcanzar otro tanto para la neumonía lobar.

Pero mientras esto no sea así, y aun suponiendo que se estuviera ya en posesión de tan preciada conquista, creo que deberíamos uniformar el tratamiento de la neumonía, en lo que se refiere á sus indicaciones capitales, dejando como variables y contingentes las secundarias que pudieran surgir en cada caso, pues aunque el suero se encargue algún día de la enfermedad, el médico debe siempre encargarse del enfermo.

Sabiendo, como se sabe, que dicho padecimiento tiene una marcha cíclica que conduce de un modo seguro á la curación cuando los baluartes avanzados del organismo no han cedido á los ataques del neumococo, y recordando que los puntos estratégicos de este combate se hallan en el corazón y en el riñón, por mucho que la enfermedad resida en el pulmón, parece racional que la primera indicación que debería llenarse consistiría en apartar para siempre todos los medios agresivos y expoliadores que de cualquiera manera debiliten las fuerzas del organismo ó impidan el libre funcionamiento de las vísceras que acabo de señalar. Aquí queda comprendida la sangría, el tártaro, el alcohol en exceso, los vejigatorios cantaridados, los llamados antipiréticos químicos, el calomel, etc., etc.

Por otra parte, estando demostrado, sobre todo por los trabajos de Von Jürgensen, que el principal, si no el único peligro de la pulmonía, es la debilidad cardíaca, se cae de su peso que los tónicos del corazón satisfacen la otra indicación verdaderamente útil á la que debe atenderse en este padecimiento. Estas ideas *á priori* han sido ampliamente confirmadas por la experiencia de mucho tiempo y de muchos médicos, en particular en lo que toca á la digital, á la que puedo prestar mi pequeño contingente personal. Esta planta de la familia de las Escrofularíneas, fué introducida á principios del siglo en la terapéutica de la neumonía, por Rasori, el campeón del tártaro, el que buscaba también en el precioso vegetal la acción del «contra-estímulus», y quizá por la triste celebridad adquirida por el emé-

tico, se olvidó á la vez la digital, supuesto que ambos nacieron en igual época de un mismo principio absurdo. Pero como algunas veces, partiendo de un error suele llegarse á un resultado verdadero, la escrofularina no fué olvidada, y casi media centuria después, Traube publicaba su célebre memoria, en la cual demostraba la eficacia de la digital en el tratamiento de las fiebres, y muy especialmente de la neumonía. Poco tiempo después, Hirtz daba á conocer, con el entusiasmo de un apóstol, los resultados de este método, esforzándose en fijar sus reglas y en propagarlo. El ministraba á sus neumónicos 1 gramo ó 1 gramo 50 centigramos de polvo de hojas de digital en infusión en 100 gramos de agua, repartidos en las veinticuatro horas, continuando las mismas dosis durante algunos días si así era necesario. Esta medicación volvía el pulso más lento y más enérgico, disminuía la disnea, y la defervescencia se apresuraba mucho, retrocediendo entonces las lesiones anatómicas del pulmón, hasta la «restitutio ad integrum.»

A pesar de los resultados concluyentes del ilustre Profesor de Estrasburgo, apoyados sobre una serie de observaciones muy precisas, no sólo no tuvo imitadores, sino que algunos, como Hanot, combatieron con dureza sus conclusiones, haciendo de tal impugnación este notable médico el tema de su tesis de agregación.

Pero en esta vez sucedió lo que es común que pase cuando se trata de variar las doctrinas establecidas: se le opusieron á Hirtz, sobre todo, objeciones de principio, razones *á priori*, y nunca se le respondió con pruebas clínicas y con hechos de observación como los aducidos por él en apoyo de su método. En vano replicó no haber «nunca» tenido accidentes tóxicos por la digital y sí haber conseguido los éxitos que señalaba; y el tratamiento por él propuesto, cayó rápidamente en olvido, el que duraría todavía si el Profesor Petrescu no hubiera repetido en grande escala en el Hospital militar de Bucharest las experiencias de Traube y Hirtz, llegando á proponer á sus jóvenes soldados dosis enormes de digital, seis y ocho gramos de polvo de hojas en infusión para tomar en veinticuatro horas, exageración frecuente y hasta disculpable en todos los inovadores, pero nunca digna de ser imitada, á pesar de que el autor confiesa no haber visto ningún fenómeno de intoxicación, perdiendo sólo 17 enfermos en 825 tratados así, ó sea una mortalidad de 2.06 por 100.

Otro médico militar, Tikl, después de haber perdido 16 por 100 de sus neumónicos tratados por los

recursos ordinarios, ensayó á su vez la digital, sin llegar por cierto hasta las cantidades enormes aconsejadas por Petrescu, y no tuvo ni una sola defunción en los 46 enfermos de neumonía lobar, sometidos al tratamiento.

Hoepfel ha dado también dicho medicamento á 15 neumónicos con el mismo feliz desenlace y sin que hubieran presentado siquiera síntomas de intolerancia, no obstante haber llegado á 3 y á 4 gramos de polvo de hojas por día.

Barth la ha mandado con brillantes resultados en varios casos graves de neumonía que se le han presentado en el Hospital Broussais, de París, dando por lo común 1 gramo 50 centigramos de polvo de hojas en infusión, y prefiriéndola en los neumónicos viejos ó debilitados, con mal estado del corazón y de los vasos, á los baños, de los que es ardiente partidario.

Y para qué seguir citando á Bucquoy, que la prescribe en la forma catarral de la neumonía, á Lepine, cuando á sus neumónicos se les pone el pulso frecuente, á Gallard que la da en las formas tifoideas, á Huchard y Gingest y Deguy, que la usan en la bronco-neumonía gripal, de la que los últimos han tratado doce casos por este método digitalico, sin una sola defunción, y para qué mencionar, por último, á Simón, que la recomienda en la neumonía de los niños, ni á Landouzy que le atribuye una acción antitóxica, «antidótica» sobre las toxinas del neumococcus, cuando bastaban las cifras presentadas en abono de la digital por los primeros que la iniciaron en la terapéutica de la neumonía, para decidirse á ensayarla, si acaso hubieran parecido pocas las razones que *á priori* pudieran aducirse en su favor.

Comencé, pues, á usarla desde el año de 1896 en todos los enfermos de pulmonía que desde esa fecha han pasado por mis manos, siendo mi principal campo de experimentación la Sala de Medicina del Hospital Militar de Guadalajara, de la que estuve al frente por mucho tiempo, habiéndome favorecido la circunstancia de ser muy frecuentes las neumonías en aquella ciudad, sobre todo desde que la gran pandemia del 89 al 90 dejó en tan risueña tierra el veneno gripógeno, el que ha subsistido con caracteres endémicos, muy atenuados en la mayor parte del año, pero recrudecidos hasta la epidemia en los meses del invierno.

Siento infinito que las inquietudes inherentes á la carrera Médico-Militar que por aquel entonces seguía, me hayan impedido levantar una estadística completa de todos los neumónicos sometidos á la

medicación digitalica; pero los recuerdos que han perdurado en mi memoria me permiten asegurar que el resultado en conjunto fué más allá de lo que hubiera podido esperar, pues sólo tuve que lamentar la pérdida de poquitos de mis enfermos.

Recuerdo, entre otros, dos casos que pudiera citar como ambos extremos de aquella serie y los que pertenecen á mi clientela civil de Guadalajara. En uno se trataba de una niña de dos años, hija de un General, de cepa neuro-artrítica, sin más antecedente morboso personal que un exema liquenoide situado en varias regiones del cuerpo. Fué llamado en consulta para verla en el cuarto ó quinto día de una neumonía, la que había tenido por base de tratamiento el calomel á pequeñas dosis. La encontré en estado de suma gravedad, casi en coma, con la hematosiis profundamente perturbada y el aparato cardio-vascular languideciente. Con pocas esperanzas, en verdad, aconsejé la digital, polvo de hojas en infusión á la dosis de veinticinco centigramos, la que se sostuvo por espacio de 48 horas con un éxito feliz, pues la enfermita curó después de haber pasado por todas las peripecias de tan precaria situación.

El otro hecho se refiere á un señor de 75 años de edad, campesino, sin antecedentes patológicos hereditarios ni personales, salvo arterio-esclerosis bastante marcada. Cuidados graves de familia lo llevaron de su tierra natal á Guadalajara, viéndose obligado á emprender su viaje á caballo, en el que tardó cuatro ó cinco días, expuesto á todas las intemperies. Al rendir la última jornada, se sintió muy indispuerto y me mandó llamar, encontrándolo con una neumonía que había pasado desapercibida, por tener un aspecto velado, tan común en los viejos.

Como parte fundamental del tratamiento, prescribí 0.60 centigramos de polvo de digital en infusión, la que ministré por 48 horas, repitiéndola 48 horas después, por igual tiempo. La secuela de esta neumonía fué muy accidentada por las condiciones de avanzada edad y agotamiento de mi cliente, el que estuvo á punto de abandonarme por haberme rehusado á ponerle un vejigatorio; pero al fin convino en mi negativa y tuve el gusto de verlo salir avante de tan tremenda prueba.

Mucho se ha discutido la manera de obrar de la digital en la neumonía y aunque no está demostrado el poder «antidótico» que le atribuye Landouzy sobre las tóxicas del neumococcus, sí es un hecho que produce en el organismo efectos contrarios á éstas; bajo la influencia combinada del obstáculo mecánico producido por la obstrucción del campo

arterial pulmonar y de la acción paralizante ejercida por las tóxicas pneumocóccicas, la contractilidad cardiaca sufre un doble ataque resultando de su agotamiento el principal peligro de muerte para los neumónicos. Los efectos fisiológicos de la digital son precisamente inversos: tónico cardio-vascular por excelencia, modera la frecuencia de las contracciones ventriculares, aumentando su energía, estimulan á la vez la contractilidad arterial y determina la anemia relativa de la red capilar.

Sin llegar á las dosis enormes aconsejadas por Petrescu y sin esperar á los días precursores de la crisis como quiere Manquat, creo que la digital tiene acreditada científicamente su patente de utilidad en el tratamiento de la neumonía.

México, Julio 11 de 1900.

JESÚS GONZÁLEZ URUEÑA

---

## HIGIENE

---

### Nueva variación en los procedimientos conocidos de inyección-embalsamamiento.

---

Deseo que la Academia Mexicana de Medicina, por ser para mí tan venerada, sea la primera Sociedad que reciba el siguiente proceder para conservar cadáveres, con objeto de que sus dignos miembros lo sometan al crisol de su experiencia; debiendo adelantar, que como no pretendo hacer un estudio completo del asunto general, supongo perfectamente conocida la teoría de la materia, de manera que concretaré exclusivamente lo que pretendo exponer, en cortas proposiciones.

1ª En realidad no siempre es factible desalojar al líquido sanguíneo de los vasos; pero esto no debe preocupar demasiado, porque v. gr: la solución de cloruro de zinc coagula, endurece y esteriliza la sangre dentro de su continente, así como á éste, aun cuando haya salido poca por la vena abierta con este objeto.

2ª El Maestro Montes de Oca rebajó á 38° Baumé para los adultos, el título de la solución de cloruro de zinc; pero en los niños debe disminuirse mucho más, porque de lo contrario pueden obturarse las últimas arteriolas de las extremidades, (al formarse trombus) ó cauterizarse y hasta destruirse los tejidos tiernos de ellos, al extremo que la solución se pierda por la uretra y fauces.